

-3

El almirante observa, desde el puente de mando de la nao capitana, un atardecer de agosto que tiñe por proa el horizonte de púrpura, mientras deja atrás una vida que hace ya tiempo que ha llegado a su fin.

Ahora, la existencia solo consiste en navegar hacia el horizonte. No habrá más guerras ni traiciones. Nada más que un mar que atravesar hacia un destino incierto, y el viento llenando las velas marcadas con la cruz de Rodas.

La noche va cayendo sobre el continente que queda a sus espaldas, pero él sabe que ya nunca más reinará la oscuridad en el mundo.

Porque él, portador de la luz, hará que esta se extienda por tierras y océanos.

Una luz blanca y cegadora que derrotará a las tinieblas para toda la eternidad.

-2

En el confín noroccidental del antiguo reino de Galicia hay un valle pequeño y verde, siempre azotado por los vientos que arrastra el gran mar.

Ese océano infinito cuyas olas salvajes rompen sin descanso en la playa de Traba.

Allí nació, en el principio de los tiempos, un señorío que más tarde se transformaría en el gran condado que abarcaba todas las tierras más allá del río Tambre.

En ese extremo del ancestral noroeste tiene su origen la estirpe de los Trastámara. Un linaje de tal majestad que, a lo largo de los siglos, sus miembros llegaron a reinar en la mayor parte de los países cristianos ubicados a orillas del Mediterráneo e, incluso, en un imperio que abarcaba territorios a lo largo de todos los continentes.

Un imperio donde nunca se ponía el sol.

Donde la luz siempre reinaba sobre las sombras.

-1

MONT SAINT MICHEL, ENERO DE 1437

Bajo la luz tenue del alba, la figura de un monje a caballo, seguida por una mula cargada, sale de la abadía que se alza en lo alto del islote escarpado. Cruzando la puerta fortificada, se interna en el sendero que atraviesa la bahía a pie seco durante la marea baja.

Mientras cruza la marisma camino del continente, atribulan su mente emociones encontradas. Se siente frustrado por tener que abandonar su retiro de estudio y contemplación, pero la misión que le han encomendado supone un encargo imposible de eludir.

A medio trayecto, gira la cabeza y mira atrás, a la figura del antiguo monasterio que, pese a amenazar ruina, aún se alza imponente sobre el islote que se yergue en medio del arenal. Entonces recuerda los relámpagos que azotaban el campanario durante la noche en que llegó la misiva.

El hombre trata de ahuyentar los malos augurios, se coloca la espada que oculta entre las ropas y obliga a su caballo a apretar el paso. La marea está subiendo y hay que llegar enseguida al final de la senda de arena.

Cuando su montura comienza a ascender por la cuesta que lo llevará tierra adentro, con la luz anaranjada del amanecer, distingue las primeras chimeneas humeantes entre los campos labrados. El viajero respira profundamente mientras cierra los ojos. No parece tan mal futuro el encargo bajo esta aurora esperanzadora. *Sí, sonríe.*

Volvemos a los caminos. Volvemos al mar.

I

Los días pasan despacio en Portosanto.

Unos muchachos recogen leña, otros llevan las vacas a pastar. Hay mujeres que lavan en el riachuelo, niñas que llenan cántaros en la fuente, y hay también hombres que salen al mar en lanchas pesqueras.

En la parte baja de la aldea, en la ribera, hay un pequeño puerto. Apenas un abrigo de suelo arenoso donde varan las barcas de colores. Río arriba está el camino de la villa, que entre fresnos y sauces lleva en menos de media legua a Pontevedra, atravesando el puente viejo. Allí comienza la ría, que pasa por debajo siendo río de agua dulce y que se abre al mar por la parte de poniente, con la isla de Tambo en medio y la de Ons justo en la bocana.

Este confín del mundo pertenece al antiguo reino de Galicia, bajo el dominio de la Corona de Castilla. Aquí, en las tierras que hacen frontera con Portugal, el señor de Soutomaior gobierna a su antojo, lejos de los conflictos que asolan el viejo continente.

Este es el lugar, y este el tiempo, que le tocó vivir a Pedro. El niño que nació condenado al exilio por su propia familia. El hidalgo bastardo que nació atado a un curioso destino.

Extender la luz.

Cambiar el mundo para siempre.

II

—Constanza, ¿dónde está Pedro? —preguntó el tío Cristovo.

—No lo sé —respondió, sin darle más importancia, la madre del niño.

El pequeño Pedro de Zúñiga se crio en la calle, a medias entre los vecinos y su tío abuelo Cristovo de Avellaneda. Fue creciendo entre las veredas y el fondeadero de Portosanto en sus primeros años de vida, pasando los días entre lanchas varadas y mareantes de piel dorada.

En cuanto aprendió a andar, Pedriño salió de aquella casona hidalga, vacía de gente y llena de silencio. La melancolía de los que allí se encontraban prisioneros nunca le gustó.

Constanza de Zúñiga, su madre, provenía de una familia noble de la villa. *Esta niña nos va a dar problemas*, pensaba su madre cada vez que la muchacha se pasaba la tarde jugando con las *pescantinas* de los bajos fondos. *Tal cual su tío Cristovo, que mal rayo lo parta*, rumiaba su padre, frustrado por contar entre sus familiares con aquel individuo, su cuñado, que en tantos problemas los había metido.

Al final, los presagios se cumplieron: la niña, de diecisiete años, quedó encinta, y, de padre desconocido, nació el pequeño Pedro. Ante tal vergüenza, los señores de Zúñiga recluyeron a su hija en la casa familiar de la aldea de Portosanto. Aquella casa en la que vivía, sin más ocupación que beber una jarra de vino tras otra, el viejo Cristovo. Antaño orgullo y ahora oprobio de su estirpe.

La casa, conocida por los vecinos como «la casa de la Cruz», era la más rica de la aldea.

Ante la indiferencia de su madre, Pedro solía pasar el rato con su tío. A veces, paseaban por la Moureira, el barrio de los pescadores de la villa, lleno de casitas apiñadas junto a la ría con los aparejos amontonados ante las fachadas. Allí estaban los astilleros, donde el tío contemplaba el trabajo de los carpinteros de ribera que construían navíos. No se trataba de lanchas *de xeito* ni de dornas *de escarva*, sino de carracas y naos que, cargadas de vino, atravesaban el golfo de Vizcaya, o llevaban sal a los puertos del Mediterráneo. Los mejores constructores del muelle de Santa María eran los de la casa *da Coxa*¹. A Pedro le gustaba jugar entre los barcos a medio construir, fantaseando que era un gran capitán. Al menos, hasta que algún carpintero lo echaba de allí a cajas destempladas.

¹ *Casa de la Coja (n. del A.)*.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasaba en Portosanto. La aldea era pequeña, apenas diez casas rodeadas de campos en los que pastaban ovejas y vacas. Casas de familias que vivían de labrar las tierras y de criar animales.

Y de ir al mar, algunos. Eran los llamados «mareantes». Los que poseían una barca pequeña con la que salían a pescar.

Entre las casitas de Portosanto, los campos surcados de riachuelos que las rodeaban y el puerto crecía Pedriño. Jugando con los otros muchachos, hablando con las mujeres que lavaban la ropa y acompañando a los hombres en su trabajo. Los vecinos se reían con las ocurrencias de aquel niño de familia rica que veía pasar los días en la calle.

Fueron jornadas de levantarse temprano para ir a ver cómo partían los botes al amanecer, de echar la mañana ayudando a los vecinos en las fincas y las tardes de charla con los lobos de mar recién retornados de la última marea.

Una vida sencilla que pronto se iba a ver interrumpida.

III

Unas tres leguas al sur de Pontevedra, sobre una colina, se alzaba la fortaleza de Soutomaior. Dos torres unidas por una muralla que cerraba un patio de armas y que dominaban una tierra ondulada de bosques densos y regatos transparentes.

Aquel era el castillo del gran señor del sur de Galicia, Fernán Eannes. Propietario de lugares, aldeas y molinos por las tierras de Redondela, Baiona y Tui y dueño de los señoríos de Salvaterra y Fornelos, Fernán era el hombre más poderoso de toda Galicia. Y uno de los principales de todo el reino de Castilla.

El conde miraba con impaciencia por la ventana. Esperaba una visita que debía traerle noticias mientras escrutaba en la lejanía las lomas cubiertas de árboles. Los bosques se superponían, y, por causa de la niebla, cuanto más lejos estaban, más azules se veían.

De repente, oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante. —Su voz atronó la estancia.

—Buen día, mi señor. —Un hombre entró, cauteloso, empujando la puerta.

—Dime, Beltrán. Rápido. —Fernán no acostumbraba a pedir nada. Siempre daba órdenes cortas y rápidas.

—Señor, la persona elegida está de camino. Salió hace semanas de la abadía del Mont Saint Michel.

Fernán se removió.

—¿Semanas? ¿Acaso viene a gatas? —preguntó, con impaciencia.

—Tenía asuntos que atender en casa de su familia, en Gwened —contestó Beltrán, en tono conciliador.

—No creo yo que fuera a tener tantos asuntos pendientes si, tal y como dices, se había retirado del mundo para seguir con sus estudios en esa abadía. —Fernán no parecía dispuesto a admitir razones.

—Ya, pero no va a continuar en ella, y si se va a instalar en Pontevedra durante un tiempo tendrá que dejar todo organizado. ¿Señor... —preguntó Beltrán, ante la visible irritación del conde—, estáis seguro de que queréis seguir adelante?

El conde guardó silencio, y su mirada volvió a perderse entre las cumbres lejanas.

—Sí, sí... Es solo que quiero estar seguro de que es la persona correcta. Ya sabes, amigo mío..., todo esto es demasiado importante como para que algo salga mal. —El señor de Soutomaior sentía que sus fuerzas iban a menos; la cota de malla que le gustaba vestir todo

el día para mantenerse en forma cada vez le pesaba más, y todas las mañanas le dolían las piernas como nunca.

Cada vez pensaba más en la muerte.

—¿La persona correcta? —El funcionario alzó las cejas, perplejo—. Señor, Robert de Gwened es uno de los mayores eruditos de nuestra era. Caballero de la antigua tierra de Bretaña, traductor de lenguas antiguas, astrónomo con experiencia militar en grandes navíos, gran navegante y cartógrafo. No hay duda de que es la persona idónea. —Beltrán, el alcaide del castillo y mano derecha del conde, había invertido meses de esfuerzos arduos para conseguir la colaboración del caballero—. No olvidéis que es amigo personal de Charles de Valois, rey de Francia, de quien fue incluso maestro de armas.

El conde se fue calmando poco a poco, pero una amargura fría seguía ensombreciendo su rostro.

—Lo sé, lo sé. Es que este plan me atormenta desde hace demasiado tiempo.

Beltrán sabía que en realidad no era el *plan* en sí lo que desasosegaba a Fernán, sino sus circunstancias.

—Señor, ya estamos a punto de llegar a puerto. No conviene perder la paciencia al final del camino. Llevamos casi dos años preparándolo todo, y ahora que casi está listo no debemos desesperar. La casa de Pontevedra está en orden, y todas las partes implicadas están con nosotros. Solo tenemos que aguardar a que arribe el caballero de Gwened. Ya no puede tardar.

Fernán guardó silencio, aún frustrado pero algo más tranquilo.

—Dura encrucijada me presenta la vida en estos días amargos, querido Beltrán. Déjame solo, te lo ruego. —El conde se despidió del mayordomo—. Gracias por tu discreción.

—Por discreción fue por lo que buscamos tan lejos, señor. Con permiso.

Beltrán se retiró, cerrando la pesada puerta tras de sí.

Fernán se quedó cavilando en su presente. Los tiempos son convulsos en Castilla, donde la aristocracia gobierna un país en manos de un rey títere. Los principales rivales de los Soutomaior para el dominio de las tierras de Galicia acumulaban poder e influencias; y la burguesía cada vez se manifestaba más en su contra. Además, las Hermandades esperaban a que llegara de nuevo el momento de alzarse contra los señores, como ya hicieron una vez en el pasado, en las tierras del norte.

Demasiados frentes abiertos como para confiar en la capacidad de Alvar Páez. El hijo del señor de Soutomaior no soportaba la sangre, nunca fue capaz de ganarle un duelo a espada a ninguno de sus escu-

deros, y, sobre todo, no disponía de la energía necesaria para engrandecer, o siquiera mantener, la gloria de su señorío.

Y, por si todo eso fuera poco, de su matrimonio con María de Ulloa, señora de Cambados, no acababan de llegar los hijos que debían perpetuar su estirpe. Ya no creía que nunca fueran a llegar, de hecho.

Todas estas circunstancias llevaban a Fernán al pensamiento obsesivo de que la casa de Soutomaior estaba sentenciada, y de que su sangre se iba a diluir sin tardar mucho entre la niebla de la Historia. Que todo lo conseguido por sus antepasados no iba a servir para nada, y que su inmenso señorío podía acabar, por herencia, en manos de segundones sin gloria. Le obsesionaba pensar que toda una vida de triunfos militares y de maniobras políticas victoriosas se perdería, sin remedio, en el olvido.

A no ser, claro estaba, que la misión secreta de Robert de Gwened fuera un éxito.

IV

El mar era un remanso de paz en el puerto de Portosanto.

Allí se reunían los vecinos de la aldea a conversar mientras efectuaban alguna reparación en las lanchas o estibaban los aparejos. Todos lo llamaban «el puerto» pese a no ser más que una pequeña playa de fango y juncos, rodeada de roquedos, en la que los mareantes varaban sus embarcaciones. Unas casetas de tablas, pegadas entre sí para que el viento no las derribara, hacían las veces de almacenes para guardar redes, velas por remendar, remos rotos, hilo y anzuelos.

Las ganancias apenas daban para hacer frente a los impuestos.

—Hay que financiar las guerras de los señores —decía siempre Souto, uno de los mejores marineros de la aldea, cuando apartaba a un cesto de mimbre el diezmo de sardina que había que ir a entregar tras cada faena. Al decirlo, sonreía de medio lado y guiñaba un ojo.

Junto al muelle estaba el astillero del Roxo², el carpintero de ribera que construía y reparaba las pequeñas naves que surcaban las aguas de la ría.

—Carpinteros de ribera hay muchos, pero ninguno como el Roxo de Portosanto— afirmaba rotundo el tío Cristovo—. No solo consigue la mejor madera, sino que la escoge en el momento justo, la guarda y le da tratamiento allí donde lo precisa. El peso de la lancha siempre está bien equilibrado, y parece que el mástil y la caña fueran la misma pieza al ejecutar las maniobras. Creedme, amigos. No hay dornas como las del Roxo.

La opinión de Cristovo de Avellaneda era unánime en ambos lados de la ría, y el carpintero afincado en la aldea llegó incluso a recibir pedidos de puertos lejanos. Tantos que no daba abasto. Sin embargo, él no aceptaba más que un par de encargos al año, ni hacía caso de la insistencia de los que, rechazados, le pedían que cogiera aprendices para construir cuantos barcos le solicitasen.

El Roxo trabajaba solo. Si necesitaba alguna ayuda puntual, se la pedía a su mujer. Armar una dorna *de calime* no era tarea fácil para un hombre solo. Eran embarcaciones de tamaño medio, diseñadas para ser tripuladas por dos hombres. Para que fueran sólidas y marineras a la vez tenían que ser ágiles, aunque pesadas.

Además de la dorna del Roxo, en el muelle de Portosanto había otras dos, también construidas por él. Una era la de Souto, un mari-

² Roxo: Con el cabello de color entre dorado y anaranjado (n. del A.).

nero recio que ya salía al mar en solitario con seis años. Tan buen marino era que, sin formación ni estudios, había llegado a ejercer como piloto en una carraca que comerciaba entre puertos cercanos. Tui, Redondela o la Pobra del Deán no tenían secretos para él. Tanto que eran sonados los atraques que había logrado de noche y entre la niebla. Suaves como el vuelo de una garza, precisos como la flecha de un cazador.

—No son ninguna hazaña. Veo esos puertos en mi cabeza con solo cerrar los ojos —decía él, mientras esbozaba una de sus sonrisas de medio lado.

La otra era la dorna de Bartolomé Sieira, conocido por todos como «el Pinto». Su lanchita siempre estaba medio destartada. Un pequeño desastre, igual que los dieciséis hijos que ya tenía, a sus treinta y dos años. «*No es para tanto; la mitad son gemelos*», respondía cuando los otros le gastaban bromas. En su casa, ni pequeña ni grande, se amontonaba como buenamente podía aquella prole inacabable. El hijo mayor, Suso de Pinto, ya tenía quince años. Era un mozo fuerte como su padre que prefería ir a pescar antes que trabajar las fincas o cuidar de los animales. Por eso, a veces cogía a otros dos hermanos y salían solos al mar, mientras el Pinto se quedaba en tierra. Tanto el uno como los otros, en cuanto desembarcaban, amarraban la dorna de cualquier manera, dejaban el aparejo sin recoger y se marchaban con la pesca a toda prisa. Nunca tenían un momento para reparaciones; la pintura del casco solamente sobrevivía en alguna que otra tabla y las velas tenían tantos agujeros que ni valía la pena perder tiempo en remendarlas.

Por lo demás, en el muelle había unas cuantas chalanas. Embarcaciones mucho más precarias, solo utilizadas para alguna jornada ocasional de pesca o para cruzar la ría.

En el puerto de Pontevedra, «*el más marinero y con más pesca de toda Castilla*», según palabras del tío Cristovo, había lanchas *xeiteiras*. Eran barcos más grandes y rápidos, que se adentraban varias millas mar adentro, tripulados por siete u ocho mareantes de oficio. Cargaban aparejo para pasarse varios días en el mar y traer grandes capturas. En ocasiones, los armadores de la villa contrataban hombres de Portosanto, que salían en las lanchas y volvían al cabo de dos o tres días con un pequeño sueldo en metálico y ganancias en especie que no tenían que tributar. Eso le correspondía al patrón. Souto y el Pinto, lobos de mar, solían hacerlo un par de veces al mes.

Una de las chalanas de Portosanto pertenecía a Bento Ovar, apodado «el *moinante*» a sus espaldas por todos excepto por Souto, que no tenía problemas en decírselo a la cara. Bento era un portugués de Aveiro, de piel quemada por el sol y cara de zorro. Había llegado a la

aldea unos quince años atrás y, según decían las malas lenguas, había tenido que escapar de su patria por haber matado a un hombre. El caso es que un día lejano apareció por las tierras de Pontevedra y conoció a Rosiña la Chapeta, una muchacha criada en una choza por una familia con una gran afición por el vino barato y por andar a palos entre ellos. Unos palos que, de una forma u otra, siempre acababan cayéndole encima a Rosiña. Bento bailó con ella una pieza en una alborada de la fiesta del Carmen. Al cabo de un mes, ya casados, ya estaban construyendo junto al muelle de Portosanto un cobertizo de tablas como aquellos en los que los marineros guardaban los aparejos, para tener donde vivir y donde criar al hijo que ya estaba en camino.

Las mismas malas lenguas decían de Bento desde el día que lo vieron manejando su chalana que la había robado en algún puerto remoto. Con el tiempo tuvo dos hijos: el primero, Nuno, al poco de casarse, y unos años más tarde, Evarista. Tanto el uno como la otra eran la viva imagen, respectivamente, de sus padres.

El muchacho, moreno, curtido y con cara de zorro.

La niña, rubia, menuda y con vocación de mártir.

Evinha. Así la llamaban todos.

V

«—Roxo, ¿qué hay al otro lado del mar?
—Tierra.
—¿Y al otro lado de esa tierra?
—Mar».

El Roxo era hombre de pocas palabras. Solo cuando tenía algo que decir —y supiese que lo iban a tener en cuenta— soltaba alguna de sus sentencias, siempre lapidarias. Ya fuera porque nunca hablaba en vano, o porque lo que decía merecía ser escuchado, el Roxo era un hombre respetado.

«*El mar me dio la vida, y en el mar he de morir*», decía siempre. Le gustaba contar que había nacido, sietemesino, en mitad de una travesía. En una lancha, mientras sus padres iban a visitar a unos familiares que vivían en la otra banda de la ría.

Ese era el Roxo. Como carpintero de ribera no tenía rival, siempre que salía a faenar volvía con un buen botín y a la hora de navegar nunca se achicaba. Ni siquiera en los días más fieros de invernada. Además, siempre sabía el tiempo que iba a hacer.

El de Portosanto era uno de tantos Roxos que se podían encontrar en las riberas del mar, desde el cabo Vilán hasta la desembocadura del río Miño. Todos ellos, miembros de una enorme familia que tenía en común un pelo del color del fuego, unos ojos pequeños y oscuros que todo lo miraban con viveza y una vida atada al mar. Se decía que habían comenzado a desparramarse por la costa desde el Vilán, precisamente. Con el paso de las generaciones, su linaje había colonizado la costa occidental del antiguo reino de Galicia propagándose de puerto en puerto. Para las fiestas, se reunían todos en casa de uno. Los vecinos veían arribar una dorna atestada de niños. En cuanto tocaban tierra comenzaba el rosario de besos y abrazos entre hermanos, cuñados y primos que no se veían más que de año en año.

Allí donde vivía uno de ellos era seguro que había una casa abarrotada de hijos. Les gustaba recordar al Roxo de Lariño, que había tenido veintisiete hijos. Cuando alguno de ellos alcanzaba los diez, bromeaba con los otros:

—Aún faltan diecisiete para Lariño.

Los hijos nunca eran demasiados en sus casas.

Todos trabajaban a destajo. Los hombres con las mareas, y las mujeres vendiendo el pescado y reparando el aparejo. Los hijos mayores

cuidaban de los pequeños, los medianos recogían hierba y cuidaban el ganado. No había descanso para ellos desde el alba hasta el anochecer. Gracias a eso, tenían la mesa siempre llena. Algunos eran, además, carpinteros de ribera o marinos profesionales.

Nuestro Roxo nació y creció en la Moureira, justo frente a Portosanto. Solo los separaba el río. Allí, su padre había trabajado en la construcción de grandes naves. También había llegado a ayudante de piloto, uno de los cargos más importantes a los que podían optar los marinos sin formación.

Cuando tenía dieciocho años, en una feria, conoció a Maruxiña. La muchacha, un poco más joven que él, vendía miel y huevos en el *cruceiro* de la plaza de la Verdura. Al verla por primera vez, el joven sintió que perdía el aliento. Tanto que tuvo que buscar, disimulando, una columna en la que apoyarse.

Maruxa era pequeña y sonriente. Era de la familia de los Brañas. No tardó el Roxo en averiguarlo, y poco tardó también en rondar su casa, en la otra orilla de la ría. Durante varios días vagó por los alrededores de la aldea. En cuanto sacaba algo de tiempo, caminaba ligero por el viejo camino del monasterio de Poio y, haciéndose el despistado, miraba con disimulo las ventanas tratando de vislumbrarla de nuevo.

Al cabo de un par de días, ya los vecinos del lugar comentaban que un muchachote de la villa, bien vestido, rondaba la casa de Brañas. Y que habría de ser por Maruxiña, sonreían.

Al quinto día, con las piernas temblando, la gorra en la mano y el corazón saliéndosele del pecho, por fin se atrevió a llamar a la puerta. Mil veces había ensayado las palabras que quería decir, y, en cuanto le abrió la madre, las soltó todas juntas en un chorro incontenible. Su retahíla sorprendió y divirtió a la mujer a partes iguales.

—Buenas tardes disculpe el atrevimiento soy de la casa del Roxo de la Moureira el otro día conocí a su hija querría tener su permiso para poder hablar con ella si no es molestia mis intenciones son buenas mi familia es honrada puede preguntar a cualquiera en la villa espero no molestar —soltó de golpe, sin respirar.

La mujer lo miró de arriba abajo durante un buen rato.

—¡Maruxa! ¡Baja! —La joven estaba cosiendo en su cuarto, y en cuanto llegó se quedó mirando a su madre y al desconocido de la puerta—. No sé qué te quieren aquí —le dijo, mirando al Roxo con retranca.

Él se quedó clavado. Al ver que no le salían las palabras, siguió hablando la madre, cada vez más divertida.

—Dice este señor que le gustaría comprarte un queso en la próxima feria, y que si tendrás alguno para él. —Mientras decía esto muy seria miraba al Roxo, que veía bailar la risa en el fondo de sus ojos.

Se sabía ridículo.

La muchachita, esperando que su madre le explicara más tarde aquel enredo, dijo que sí, que en la próxima feria estaría en el mismo sitio. Aliviado, y más feliz que en toda su vida, el Roxo contestó que muchas gracias, que allí se verían y que perdonaran las molestias. Se puso el sombrero, dio media vuelta y regresó ligero por el camino, sintiéndose flotar. Respiraba tanto aire cada vez que parecía que no le podía caber más en el pecho.

Apenas durmió hasta la siguiente feria. Ese día, ya a primera hora, comenzó a rondar por la plaza de la Verdura antes de que se instalase ningún comerciante. Era como que no pasase el tiempo. Empezó a llegar gente, y nada. Algunos comenzaron a vender. Fue a ver en las otras plazas y calles, a ver si Maruxa se habría colocado en otro sitio. Nada.

Por fin, apareció. El Roxo vio cómo posaba la cesta que traía en la cabeza y se sentaba en el *cruceiro*. Como la otra vez.

Él hizo un intento por acercarse, pero cuando caminaba hacia allí una vieja hidalga salió de la nada y le preguntó a la joven algo sobre la miel. Tras unos minutos que al Roxo le parecieron años, Maruxiña quedó libre de nuevo. Tomó aire. Otra vez la misma agitación. Con el corazón desbocado, se plantó delante de ella. Ella lo miró, reconociendo divertida al protagonista de la historia que su madre le había contado.

—Buen día, señor. Como veréis, traigo quesos. ¿Os pongo uno?

Él consiguió asentir mientras abandonaba todo intento por articular palabra. Cogió el queso, le pagó y se marchó de allí mareado.

Los meses siguientes fueron una sucesión de planes perpetrados, y casi siempre fracasados, para poder ver a Maruxa. Pasaba por su aldea haciendo como que iba o venía del monasterio, incluso navegaba con la dorna familiar por delante de Portosanto. Hasta empezó a ir a todas las ferias de la comarca. No había otra cosa en su cabeza. Al final, en una feria de Pontevedra, a la que fueron madre e hija, se decidió.

Cuando se acercó a comprar el queso habitual, la madre le espetó:

—Buen día, señor, ya veis que hoy tenemos mucha mercancía. ¿Os importaría acompañarnos de vuelta y ayudarnos con ella? Nos ha costado mucho traerla, y vinimos con miedo a que nos atracaran por el camino.

El Roxo le estuvo agradecido para toda la eternidad. Lo que él no sabía era que, para ese momento, ella ya se había informado de todo cuanto se refería a él.

Aquel camino de vuelta hacia la aldea fue tenso, pero feliz. Madre e hija hablaban entre ellas, y también con él. Le preguntaban por su trabajo y le contaban las tareas de ellas. Llegados a la puerta de la casa, la madre se despidió agradeciendo la compañía, y entró. El Roxo y Maruxiña se quedaron en la puerta, hablando.

Al despedirse, los dos sabían que había nacido algo.

VI

La primera vez que Pedro navegó fue en la dorna del Roxo. No tenía más que cinco años. Era una mañana fría de enero, en la que la helada había dejado los tejados blancos. El pequeño salió de casa tan temprano como de costumbre.

En cuanto escuchaba faena fuera, se echaba a la calle. Siempre encontraba compañía.

Si las mujeres iban a lavar la ropa al río, bajaba con ellas y se entretenía escuchándolas conversar. Si pasaba algún hombre a sacar el ganado al monte, lo acompañaba. Le gustaba mirar desde atrás los andares de las vacas.

Aquella mañana oyó por la ventana ruido de muchachos: un par de los hijos de Souto, alguno más que no identificó y también Evinha, la hija de Bento.

Sonrió. Le gustaba estar con ella. En casa la llamaban «Evarista», pero para toda la aldea era Evinha, una niña callada que siempre tenía una sonrisa tímida pese a aquella cara pálida. Nadie diría que era hija de aquel curtidor de piel quemada.

Pedro recordó el día en que la había sorprendido hablando con él.

—¡Evarista! ¡Otra vez en la calle! ¡Anda para la casa! —La niña, tras pasarse el día entero trabajando en la chabola en que vivían, junto al muelle, había salido por agua a la fuente y se había encontrado a Pedro. Tras agarrarla por un brazo con tal fuerza que parecía que se lo fuese a arrancar, le advirtió por lo bajo—: Te he dicho que no te quiero ver con el *príncipezinho*. Verás al llegar a casa.

«Al llegar a casa» siempre significaba lo mismo: gritos que se escuchaban desde la calle, ruido de golpes y cosas que se caían al suelo.

Y después, el silencio.

A Pedro le gustaba Evinha, y a ella le gustaba aquel niño de ojos abiertos que iba de casa en casa como si no tuviera una propia. Cuando se reunían los chiquillos de la aldea y andaban ellos dos por medio, siempre acababan sentados a un lado, alejados de los juegos de los demás y hablando sobre sus cosas.

En aquel amanecer gélido de enero, en el que los hombres zapateaban con los zuecos de madera para ahuyentar el frío, Pedriño se pasó un rato con los chicos jugando a romper el hielo que cubría los charcos. Después, cuando los otros tuvieron que volverse a casa por tener tareas que cumplir, acompañó a Evinha hasta la suya.

Después se acercó al fondeadero. Había vislumbrado que unos hombres preparaban los aparejos para salir a faenar. El Roxo tenía la dorna casi lista.

—Buen día, ilustre señor Pedro. —Siempre le sacaba una sonrisa—. ¿Qué os trae por aquí?

El Roxo se pasaba las horas en su astillero. El resto del día colaboraba con su mujer en el cuidado de la huerta, y aún le quedaba tiempo para salir al mar. No se metía en la vida de los vecinos, y siempre parecía estar cavilando. En las conversaciones vecinales escuchaba mucho, e intervenía poco o nada. Sin embargo, con los niños era diferente. En cuanto aparecían por allí empezaba a razonar con ellos, muy solemne: «*Entonces, maese Tomás, ¿vais a ir a la feria de Pontevedra?*», «*Doña María, ¿caso ese pañuelo que lleváis en la cabeza es nuevo?*». A los chicos les hacía gracia aquel hombre rudo que les hablaba con tanta pompa.

Pedro, divertido, no contestó nada. Se acercó a la dorna que ya esperaba en la orilla con la idea de darle un buen empujón cuando el mareante se lo pidiera, para verlo partir ría adentro como siempre hacía. Pero esta vez, cuando el Roxo se acercó con la última línea de anzuelos enrollada en la mano, ya listo para partir, con un movimiento rápido e inesperado lo levantó con los brazos y lo metió dentro de la barca. A continuación se metió él, a la vez que daba un golpe de pie en tierra para alejarse del muelle. Con el chiquillo sentado junto al mástil, aún sorprendido, empezó a darle instrucciones.

—Recoge esa gaza y guárdala en la proa. Estiba bien esas líneas, que te vas a picar con un anzuelo. Y sobre todo ten cuidado con la cabeza, no te vaya a golpear la botavara en alguna virada. —Le guiñó un ojo al verle la expresión de la cara, entre divertida y expectante—. No te preocupes, hoy va a ser una marea corta. A mediodía estaremos de vuelta. Llegarás a tiempo de almorzar en casa.

El niño se encogió de hombros. No le preocupaba. Nadie lo iba a echar en falta hasta el almuerzo, e incluso si no aparecía, Constanza pensaría que le habían dado de comer en casa de algún vecino, como tantas otras veces.

La dorna se movía con elegancia, lenta y firme como un cisne. Casi no había viento. El Roxo manejaba el timón y la vela para aprovechar la brisa marina mientras miraba alternativamente a cielo, tierra, horizonte, al mar y a las otras embarcaciones.

Pedro lo contempló con curiosidad. Su mirada parecía no tener sosiego.

Cuando se encontraban a unas cien brazas de la isla de Tambo, comenzaron a largar líneas. El Roxo escrutaba la superficie del mar, y echó al fondo un par de veces una piedra atada a un cabo. La piedra

tenía un hueco en la parte de abajo lleno de manteca. Al subirla, indicaba qué tipo de fondo había bajo la embarcación. A Pedro le hizo sonreír el invento. El Roxo le aclaró que se llamaba «escandallo».

Cuando acabaron de largar el aparejo, esperaron.

—Roxo, ¿cuánto van a tardar los peces en picar?

—Poco.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tardaría más en explicártelo que en capturar todo el pescado que hay en la ría. —Al ver que el niño seguía esperando una respuesta, continuó—: Los peces se comportan como las personas. Tienen su hora de andar de un lado para otro, tienen su hora de no hacer nada, y tienen también su hora de comer. ¿Cómo sabemos esa hora? Hay que tener en cuenta qué día es, cómo está el cielo, el estado de la marea y... y muchas cosas más. Escoger bien el sitio donde se faena, el arte de pesca que se usa... Mil cosas, Pedro. Un mareante tiene que ser capaz de descifrar todo eso. Si lo hace, regresará siempre con una buena captura.

El niño asintió. Era a la vez un razonamiento simple y un conocimiento complejo.

—Entonces, cuando otros llegan del mar y dicen que no entraba el pescado, ¿quiere decir que calcularon mal alguna de esas cosas?

—Así es.

Al cabo de un par de horas comenzaron a recoger el aparejo. Docena y media de congrios, un par de merluzas y varias maragotas fueron el botín del día. A mediodía amarraron la dorna en el muelle, dejándola varada en la arena. Cuando ya se iba de vuelta a casa, el Roxo engancho uno de los mejores congrios en un anzuelo y le ofreció el trozo de sedal al niño.

—Vuestra parte de la captura, excelente señor —le ofreció, muy serio pero con risa en los ojos.

Pedro se marchó con su botín camino arriba mientras el Roxo se dirigía al encuentro de su mujer. Por la tarde iría con el cesto de mimbre en la cabeza a vender la mercancía por la parroquia. Si no era capaz de hacerlo, trataría de conseguirlo en la villa, o en alguno de los monasterios. Le gustaba recibir harina a cambio, o huevos, aunque no siempre había tanta suerte.

Llegando ya a casa, Pedro encontró a Evinha, que venía de recoger un haz de hierba para dárselo a los conejos. Sin pensárselo dos veces, le puso el congrio sobre la hierba.

—Hoy fui al mar —señaló, sin más.

Después siguió caminando y entró en casa. La niña tiró camino abajo, hacia la chabola de tablas.

Ese día, para variar, comió bien.

VII

El tío Cristovo solía sentarse al sol ante la puerta.

Allí dejaba pasar el tiempo mientras daba cuenta, poco a poco, de una jarra de vino. Era su rutina de todas las mañanas. En cuanto vio llegar a Pedro camino arriba con dos merluzas en la mano, le pidió que se sentara a su lado.

—¿Así que hoy también has ido al mar con el Roxo? —preguntó el viejo.

—Sí.

—¿Había buena pesca?

—Con el Roxo siempre la hay, tío. —Últimamente, Pedro salía a faenar casi todos los días. Era algo extraño para un pequeño hidalgo, pero ya se había convertido en costumbre.

—Pronto habrás aprendido las artes de pesca, entonces.

Los dos se quedaron callados, contemplando los pescados.

—No sé cómo lo hace, tío, pero siempre sabe dónde están los peces. Y cuál es el mejor cebo para que piquen.

El viejo suspiró ruidosamente y asintió.

—El Roxo pertenece a una vieja estirpe de gentes del mar, Pedro. Gentes que vinieron hace muchos años desde los mares del norte en los que flotan piedras de hielo.

—¿Piedras de hielo en el mar? ¿Eso puede ser? —Cuando Cristovo comenzaba una de sus historias, Pedro se olvidaba de todo lo demás.

—Claro que puede ser, porque allá hace tanto frío que la lluvia que cae del cielo lo hace en forma de nieve. La tierra se cubre de un manto blanco tan alto como tú. De ahí que esos hombres solo puedan moverse por el mar. Los caminos de tierra firme desaparecen durante el invierno.

Pedro había oteado la nieve una vez, en las cumbres que se adivinaban en la lejanía. Imaginó toda la tierra cubierta de aquella capa blanca que atrapaba a los caballos e impedía caminar a la gente.

—Esas gentes del norte —prosiguió Cristovo— son los mejores constructores de barcos que jamás haya habido. Y los mejores marineros. Cuando se acercaba el verano, reunían cientos de embarcaciones y venían saqueando la costa sin que nadie les pudiera hacer frente. La gente salía horrorizada a esconderse en los montes cuando veían aparecer aquellas naves. Barcos alargados, de velas cuadradas y con cabezas de monstruos adornando sus proas. A los que no lograban escapar los mataban sin piedad. Eran fieros, y no les temblaba el pulso. Tras de sí no dejaban más que destrucción y casas en llamas.

Pedro meneó la cabeza. Había algo que no le cuadraba. No podía imaginarse a un hombre tan tranquilo como el Roxo robando y mandando a granel.

—En una ocasión —el viejo siguió con su historia mientras la jarra de vino iba bajando— la expedición fue tan larga que duró años. Los guerreros del norte llegaron a entrar por el mar de Arousa hasta el Puente del César. Arrasando las tierras de Iria, se plantaron ante las puertas de la mismísima Compostela. Hizo falta un gran ejército para plantarles cara. Desde entonces, los nobles señores decidieron proteger las costas con castillos.

—¿Como el Honesti? —Pedro recordaba el gran bastión construido en la orilla del mar de Arousa, entre las junqueras del Ulla. Los castillos le gustaban. Eran las construcciones más asombrosas de cuantas había. Por eso el tío le hablaba de ellos.

—Exacto. Y otros muchos. —Su buena memoria hizo sonreír al hidalgo—. De este modo, repelieron a los invasores. Sin embargo, no todos se marcharon. Algunos se quedaron, escondidos en algún puerto recóndito de nuestra costa. El principal, donde se instalaron familias enteras, se encuentra al doblar el Vilán. —El niño arrugó la frente sin comprender, y Cristovo se detuvo—. El Vilán es el cabo más hermoso de toda la costa de Galicia, Pedro. Doblarlo es una tarea para marineros de verdad, no para *pescantines* de chalana. La costa que lo rodea es dura como ninguna. Esconde bajíos traicioneros, y presenta unos acantilados que estremecen con solo verlos. La niebla y el viento son más fuertes que en ninguna parte, y las olas, grandes como campanarios. Pues bien, en ese mar indómito se asentaron, en un pequeño puerto, hombres, mujeres y niños para tener un lugar donde recibir y proteger a futuras expediciones que nunca llegaron. Sus descendientes se reconocen fácilmente: son cobrizos o rubios, y siempre son los mejores marineros allí donde viven. Algunos también se convirtieron en carpinteros de ribera.

—¿Entonces el Roxo es un invasor del norte? —Pedro no daba crédito— ¿De esos que matan y cometen saqueos?

—No, rapaz. Tranquilo —rió el viejo, al ver la cara de asombro del niño—. Eso fue hace muchos años. Tal vez el abuelo del abuelo de su abuelo... No sé, muchos años. Desde aquel entonces, hombres como el Roxo de Portosanto fueron asentándose en diferentes lugares, y formando familias. Hoy ya son gente nuestra. Con esto quiero que entiendas que la sabiduría que atesora ese hombre, en lo referente al mar, corre por sus venas desde siglos antes de haber nacido.

Pedro estaba emocionado. La historia de los hombres del norte, a quienes pertenecía su amigo, lo había hecho soñar. No obstante, tam-

bién se quedó destemplado. Al no tener unas raíces así, él nunca podría dominar las artes del mar.

De hecho, ni raíces tenía. Bueno, pensó, más bien no las conocía.

—El próximo día que salgas al mar con el Roxo, pídele que te cuente la historia de Vinland.

Cristovo se acabó el vino y entró en casa. Ya casi era mediodía. Pedro llevó las merluzas a la cocina, pensativo. Se pasó toda la tarde soñando con invasiones bárbaras y guerreros rudos que navegaban por mares de hielo.

Vinland, recordó una y otra vez.

Aquel nombre se había grabado a fuego en su memoria.

A veces, los sueños que marcan las vidas de los hombres empiezan así.

Sin tan siquiera advertirlo.

VIII

El mar estaba picado aquella mañana.

La dorna cabeceaba, pese al aplomo de su fábrica, y el mástil chiriaba bajo la presión del viento oceánico. El Roxo se había internado a remo en la ría y había dado instrucciones a Pedro para largar la red. Ahora, al amparo de la isla de Tambo, recogían la captura.

—¿Cómo es la historia de Vinland? —soltó de golpe el crío.

Recogido el aparejo, izaban la mayor para volver a puerto.

El Roxo pareció no haber escuchado la pregunta. Siguió izando la vela y se puso a la caña, impasible. Solo al cabo de un rato contestó:

—Esa es una vieja leyenda, de esas que se cuentan junto al fuego. Cuando el invierno arrecia, a mi gente le gusta narrar historias. A mi abuelo le gustaba contármela cuando yo era pequeño.

La dorna volaba, gracias al viento a favor. La brisa entraba con fuerza por estribor, y la pequeña embarcación iba amurada a babor. Sus tripulantes tuvieron que cargar sobre la banda de barlovento, para compensar la escora. Cuando se acercaban a puerto, arriaron rápidamente el trapo y maniobraron con los remos para controlar el varado. El fondo arenoso podía ser traicionero.

Ya descargando, el Roxo habló de nuevo.

—Esta noche habrá encalmada y luna nueva. Voy a salir de nuevo al mar antes de medianoche. Si quieres venir, te espero. —Sin más, le entregó su parte y desapareció.

Pedro pasó la tarde pensándose si ir o no. Tenía que salir de noche sin que nadie se enterase. Al final decidió que, en cuanto todos se fueran a la cama, saldría por la puerta principal. Al fin y al cabo, nadie se enteraba nunca de cuándo entraba o salía.

Mejor dicho, a nadie le importaba.

En cuanto cayó la noche, se metió vestido en el catre. Al contrario que cualquier otro niño de su edad, Pedro tenía un cuarto para él solo. En ese momento pensó en los hijos del Pinto, que dormían juntos en la misma alcoba. Los dieciséis. Por el ventanuco se escuchaban grillos, alguna rana y de vez en cuando una lechuza. Impaciente, esperó a que cesaran los ruidos dentro de la casa. Después, muy despacio y con los zapatones en la mano, salió de casa. Nadie se enteró.

Caminó unos pasos. Entonces se calzó y corrió camino abajo, hasta llegar al muelle.

El Roxo estibaba el escaso aparejo que precisaba. Esa noche iban al calamar. Tan solo dos líneas pequeñas, con anzuelos de cuatro pun-

tas en los extremos. «Una para cada mano: la derecha mira a tierra y la izquierda mira al mar. Lo tientes para que se agote, y de un tirón, bicho en el bote». Esa había sido la lección para esa arte de pesca que el Roxo le había enseñado. Cada día con él era un nuevo aprendizaje. Pedro lo guardaba todo, sin esfuerzo, en la memoria.

Se adentraron en un mar tan negro que parecía de tinta. Solo la línea del horizonte se recortaba del cielo estrellado. Los remos rompían el agua acompasadamente.

Al cabo de un buen rato en silencio, el Roxo se decidió a hablar. No se había olvidado de la pregunta de la mañana. Pedriño dedujo que aquella salida nocturna había sido un pretexto para poder contarle la historia con tranquilidad.

—Acaso el viejo Cristovo te habló de Vinland, maese Zúñiga. —Más que preguntar, afirmó el marino.

—No. Me dijo que tú me hablarías de eso.

—No hay mucho que contar. Es un cuento que se les narra a los niños cuando son pequeños, aunque muchos de mis familiares sostengan que la historia es verdadera. Son los mismos que afirman que no hay en todo el mundo hombres de mar que se puedan comparar con los de nuestra raza.

Pedro escuchaba, muy atento. No quería que nada interrumpiera el relato.

—Por lo visto, mucho antes de llegar a estas tierras, mis antepasados vivían en las costas del lejano septentrión. Tan al norte que allí, en invierno, se congelan las aguas. Incluso las aguas de la mar oceánica. Vivían de pescar arenque y bacalao, y también de cazar leones marinos y osos, que allí, según cuentan, son blancos.

En una casa de Pontevedra a la que Cristovo solía ir, y donde siempre lo invitaban a una copa de vino muy fino, había una piel de oso delante del hogar, en un salón grande y elegante. Pedro había estado allí dos veces. Desde luego, a la vista de aquella piel casi negra, no podía imaginar cómo podría ser un oso de color blanco.

—A fuerza de navegar por unas aguas tan violentas que rebajan a simples lagos las que nosotros surcamos, aquellos hombres y mujeres tuvieron que construir los mejores barcos que nunca existieron, y aprender a manejarlos como nadie. Después, comenzaron a hacer expediciones. Cada vez más lejos. Allí por donde pasaban eran reconocidos como los hombres que venían del mar. Trataban y comerciaban con los pueblos de ribera de cuantas naciones encontraban. Y, si hacían la guerra, siempre ganaban.

Aquí, el Roxo se detuvo. Miró al cielo unos instantes, y lo señaló.

—¿Ves que hay un camino en el cielo? —le preguntó al pequeño.

—Sí. —Pedriño veía a la perfección un rosario formado por tantas estrellas que casi parecía una nube. Aquel sendero estrellado se extendía sobre sus cabezas, desde tierra adentro hasta el horizonte sobre el mar.

—Pues bien, un día, uno de aquellos hombres decidió seguir ese camino por el mar. De isla en isla, al cabo de un tiempo, llegó a una tierra desconocida. Ese hombre se llamaba Leif, y a la tierra donde desembarcó la llamó Vinland. Según dicen, estaba infestada de viñedos salvajes.

—¿Y qué tiene de particular esa tierra, Roxo? —preguntó el muchacho, un poco decepcionado.

La historia, de momento, no tenía mucho interés.

—Que está al otro lado del mar. Más allá de donde muere el sol. Pedro se quedó mudo.

Así que era eso. Navegar hacia el atardecer y arribar a tierra. Siempre se había preguntado qué podría haber allende la mar oceánica, pero la gente le decía que no había otra orilla. Que no había más que monstruos marinos capaces de comer barcos, y un gran abismo por donde caían las aguas.

Sin embargo, la gente del Roxo decía que había tierra.

Que uno de ellos había estado allí.

La jornada de pesca no se prolongó mucho más. En poco tiempo ya tenían dos docenas de calamares en el fondo de la barca. Volvieron a tierra. Cada uno a su casa.

El Roxo, recordando las historias antiguas de su gente.

Pedriño, soñando con nuevos mundos al otro lado del mar.

IX

Antes de un año desde su primer encuentro, el Roxo y Maruxiña se casaron.

Era día de feria en Pontevedra. Una gran fiesta se celebró en Portosanto. Los familiares del marino, provenientes de todos los puertos con sus proles de pelo anaranjado y ojos vivos, acudieron cargados de regalos. Hubo comida y vino a raudales. No podía ser menos.

Los recién casados se instalaron en la casa de los Brañas, con los padres de ella. Desde ese instante, el hijo del Roxo de la Moureira pasó a ser el Roxo de Portosanto. Uno más de la familia.

Tras comprar un cobertizo de pescador que se estaba cayendo a trozos en el puerto, en un par de meses ya tenía funcionando su pequeño astillero. Pronto comenzó a construir dornas. Unos barquitos tan perfectos que despertaban la admiración de todos los mareantes de la ría.

Las primeras se las encargaron dos vecinos de la misma aldea. Eran buenos marineros, y con sus viejas chalanas no lograban ganar el sustento. Adquirir una lancha pesquera de calidad era una gran inversión, pero aquel carpintero era excepcional. Al Roxo no le faltó trabajo desde entonces. Entre construir barcas y faenar, siempre tenía que hacer. En la casa de Brañas ya nunca faltó de nada.

Así transcurrieron los primeros años de la nueva pareja. El Roxo y Maruxa, Maruxa y el Roxo. Siempre sonrientes, siempre ocupados. No obstante, con el paso del tiempo, comenzaron a sentir que les faltaba algo.

Un niño. Un pequeño que llenara los silencios de aquella casa, y de sus vidas.

Cada año, nuevos encargos de dornas iban llegando al pequeño astillero. El prestigio de las barcas que salían de las manos de aquel artesano hicieron subir enseguida la demanda. Siempre había quien le ofrecía más dinero para que agilizase su encargo, pero él seguía trabajando con la misma calma de siempre, sin aceptar aprendices ni subir el precio. Cada dorna era una pequeña obra maestra que él veía nacer desde el momento en el que seleccionaba los robles viejos en bosques sombríos. Una maravilla naval a la que iba dando forma durante meses para finalmente verla partir, feliz y orgulloso, desde el fondeadero de la aldea. Las cosas iban bien en Portosanto.

No obstante, el desasosiego de no lograr concebir un hijo fue creciendo con los años.

Maruxa y su madre labraban las tierras con la ayuda de dos vacas *marelas*. Criaban dos cerdos al año, y siempre tenían huevos y miel para vender en la feria de la villa. El padre, por su parte, hacía de todo: salía al mar en lanchas de *xeito*, arreglaba puertas, ventanas y tejados, fabricaba zuecos de madera y cestos de mimbre. Era Brañas, el artesano que de día paraba poco o nada en casa, y que recorría las parroquias de los alrededores y las calles de la ciudad con una piedra de afilador, ofreciéndose para arreglar todo cuanto pudiera estar dañado. Los cuatro prosperaban, y pagaban sus impuestos sin muchos apuros. Siempre había abundancia en aquella casa.

No obstante, iba pasando el tiempo y la descendencia no acababa de llegar.

Así las cosas, al cabo de cuatro años Maruxiña se tornó triste. Ya no cantaba en casa mientras cosía. Ya no jugaba con su marido en la cama a ponerse caras feas, o a hacerse cosquillas. Ya nunca tenía hambre, y sus ojos sonrientes dejaron de brillar para estar siempre perdidos. El Roxo no sabía qué hacer. Por una parte, le pesaba el corazón porque en las casas de su familia siempre había niños. Como mínimo, nacía uno por año. Eso también lo acuitaba a él. Pero lo peor era ver desconsolada a la niña de la que se había enamorado un día de feria, ya lejano, en la plaza de la Verdura.

Ni un vestido nuevo ni un paño de seda que le compró en el comercio más refinado de la villa con el pago de la última dorna lograron animarla. Ni los esfuerzos de él por sonreír y por contarle historias. Una nube negra entró en aquella casa, donde todos aparentaban la calma que no sentían confiando en que los otros no lo notarían.

Aun así, todos lo notaban.

Una mañana de San Juan en la que los prados y los zarzales estaban cubiertos de flores, el Roxo y Maruxa embarcaron en su dorna izando la vela en el muelle, cargados de esperanza. La barquita navegó despacio por la ría, dejó la isla de Tambo a babor y encaró Ons en el horizonte. Navegaron con un norte que entraba por el través de estribor hacia la punta de Cabicastro, un poco más hacia poniente que la villa pesquera de Portonovo. Doblaron hacia el norte y allí, ya con trabajo por ir casi contra el viento de bolina, arribaron al atardecer a la gran playa de la Lanzada. En aquel lugar, siguiendo los consejos de una curandera sefardí de Pontevedra, esperaron a la luna llena de medianoche.

Maruxa entró en el agua fría hasta la altura del vientre y, pidiendo con los brazos abiertos el fin de su tormento, recibió con fervor las nueve olas del ritual de fertilidad que, según decían las viejas, nunca fallaba.

Volvieron a la dorna. Bajo la luz de la luna del solsticio, y sobre la vela doblada en el fondo del bote, se amaron con ternura hasta el final de aquella noche fugaz.

Con la luz del amanecer y ayudados de nuevo por el *nordés*, volvieron a casa. Llevaban las mejillas rojas a causa del mar, de la pasión y de la esperanza.

Sin embargo, el niño que anhelaban nunca llegó.

X

Robert de Gwened admiró la entrada al puerto desde el castillo de popa.

Tenía esa costumbre desde que no era más que un niño. *Por fin Pontevedra*, asentó. La carabela llevaba ya seis días de travesía, y, de ellos, día y medio desde que había divisado las primeras costas de Galicia. Esa misma mañana habían doblado el cabo de Finisterre. Desde allí, había vislumbrado una costa abrupta.

Docenas de puertos minúsculos enmarcados por montañas verdes.

Los portulanos que recordaba eran ciertos. El mar entraba en aquella tierra como si solo los montes más altos estuvieran a salvo de quedar anegados. Tanto era así, pensó, que aquellas gentes debían de tener agua salada en lugar de sangre corriendo por sus venas.

La carabela arribó con cuidado a uno de los muelles de madera. Iba guiada por el piloto, que seguía atentamente las instrucciones del práctico. Amarraron. Tan pronto estuvieron los cabos bien tensos, y tendieron la rampa, el trabajo comenzó de forma frenética, tanto a bordo como en tierra. El de Pontevedra era el puerto de mayor actividad comercial de toda Galicia. Momentos como aquel se sucedían sin interrupción.

Los comerciantes que esperaban la mercancía de aquel flete tenían prisa por llevársela a sus almacenes. Los mozos de carga preparaban ya cuerdas y poleas. Oficiales y marineros, conocedores del frenesí del momento y de la importancia de no perder nada, organizaban a unos y otros mientras preparaban el desembarco.

Tal y como habían acordado de antemano, a Robert lo esperaba Beltrán de Alba. El mayordomo de la casa de Soutomaior y alcaide del castillo del conde. Un hombre serio, aunque afable, que vestía ropa cara. Todos a su alrededor actuaban con deferencia, como si debieran comportarse más dignamente de lo habitual cuando él estuviera presente. No era de extrañar. Era el lugarteniente de aquel a quien llamaban «el Rey de Galicia». Aquel cargo ostentaba un rango de la más alta distinción.

Se saludaron, esperaron el equipaje del viajero y emprendieron juntos el camino hacia el corazón de la villa.

—Espero que todo haya quedado bien por vuestras tierras, noble señor —expresó Beltrán, más como fórmula de cortesía que como sincero interés.

—Podríamos decir que en Bretaña las cosas nunca acaban de estar bien, pero gracias por vuestro interés —contestó el caballero. Des-

pués continuó, ya con la intención de ir avanzando información—: Me temo que en eso, como en muchas otras cosas, son muy parecidas mi tierra y la vuestra.

El funcionario no quiso recoger el guante tendido. Con una gentil afirmación de cabeza, siguió caminando.

—Aquí es. Ya veis que la casa se encuentra muy cerca del puerto, como pedisteis.

Sacó una llave de hierro y abrió la puerta de la mansión. Entraron. La casa estaba vacía y limpia. Olía a cerrado y a humedad. Metieron los cofres y abrieron todas las ventanas. En el piso de arriba, una alcoba grande estaba lista para recibir a su nuevo inquilino. Al lado había una cámara espaciosa, tal y como había solicitado el caballero, y otra alcoba algo más pequeña.

—El señor de Soutomaior os espera mañana en su castillo, antes de mediodía. Podréis entonces conocer todos los pormenores del trabajo que os ha encomendado. A primera hora recibiréis a uno de los mozos, que quedará a vuestro servicio hasta que deseéis contratar otro. ¿Necesitáis algo más?

—Todo está bien. —Sí que era eficiente aquel hombre, pensó el caballero—. Tan solo una pregunta, Beltrán: ¿a qué distancia se encuentra el castillo?

—A menos de tres leguas. El mozo conoce el camino.

Robert calculó que tendría tiempo de sobra para llegar a la cita, incluso tras ocuparse de acondicionar la casa. Tardaría un par de horas en recorrer, con calma, las tres leguas a caballo. El mayordomo levantó un dedo. Faltaba un último dato.

—Ahora vendrá Sancha, la criada que se ocupará de la casa. Le he encargado preparar la cena de hoy. De ahora en adelante, cumplirá con todas las tareas domésticas que vos le encomendéis. —Examinó la expresión del forastero, como para comprobar que nada quedaba por hacer—. ¿Todo bien, entonces? ¿Puedo transmitirle al señor que estáis en disposición de iniciar vuestro compromiso?

—Desde luego. Yo mismo se lo transmitiré mañana. Gracias por vuestra diligencia, Beltrán.

Retirándose, y como agradeciendo el reconocimiento a su labor, el hidalgo hizo una breve reverencia con la cabeza. Robert se quedó abriendo los cofres y colocando en los estantes su equipaje, compuesto principalmente por libros. También traía ropa de combate, para complementar su cotidiano hábito de monje, una capa que ocultaba su espada y algunos instrumentos raros.

Estaba acabando de desempaquetar cuando repente irrumpió la criada, portando un cesto lleno de comida sobre la cabeza. Nada más

entrar saludó, con gran una sonrisa abierta dibujada entre sus mejillas coloradas. Él pudo ver sus dientes separados cuando ella le habló.

—La cena de hoy serán *filloas* con lacón. Me dijo el señor Beltrán que también se comen en vuestra tierra. —A la buena mujer se la veía orgullosa de la deferencia que le ofrecía a su nuevo señor.

Robert asintió, y continuó organizando sus pertenencias. *Curiosa forma de presentarse*, caviló. Empezaba a prever que iba a pasar una larga temporada en aquella casa.

Parece que va a ser una estancia interesante, sonrió en silencio.

Después siguió colocando sus libros sobre los estantes.